

LIBROS

La saga/busca de G. T. B.

Comenzó siendo, allá por los primeros años de nuestra posguerra, un novelista prácticamente desconocido, y aún hoy, para desgracia suya y para mayor gloria de algunos lectores exquisitos, continúa siéndolo en cierta medida. La imagen del profesor y del crítico ha predominado sobre la del novelista, y, sin embargo, ha sido y es uno de los más grandes narradores españoles del siglo XX. En otras palabras: esa inmensa mayoría de dóciles, beocios y vicisitudinarios lectores que ha convertido en «best-sellers» a autores tan inmaduros y mediocres como Martín Vigil, José María Gironella o Ángel Palomino (y en estas menciones concretas no existe ni un ápice de acrimonia) ignora la existencia y la trayectoria creadora de ese increíble fabulador llamado Gonzalo Torrente Ballester.

Lo cierto es que, si queremos ser sinceros, hemos de reconocer que Torrente Ballester no empezó con demasiado buen pie: su primera novela, *Javier Mariño* (publicada en 1943 por la Editora Nacional), era, en el peor sentido de la palabra, una obra de circunstancias; acaso las particularidades del momento histórico influyeron de forma decisiva en la resolución de unas situaciones narrativas positivamente convencionales. Su segunda tentativa novelística (*El golpe de Estado de Guadalupe Limón*) carecía de toda intención programática y anunciaba, sin lugar a dudas, esa vena de ironía y sarcasmo que habría de constituir el tono medular

de obras posteriores, pero recordaba en numerosos detalles al «Tirano Banderas», la cual, según recientes declaraciones del propio Torrente Ballester, «sigue siendo la mejor novela del siglo en nuestra lengua». Hubo que esperar a la aparición de la trilogía *Los gozos y las sombras* (reimpresión actualmente por Alianza Editorial) para calibrar en su justa medida las inmensas posibilidades creadoras de Gonzalo Torrente Ballester. Poco después, en 1963, Torrente Ballester publicaría una de las novelas más regocijantes, sutiles y desenfadas de la literatura española contemporánea: *Don Juan*. No tengo inconveniente en confesar que siento una auténtica debilidad por esta obra: su lectura me produjo tal satisfacción, que decidí incluirla (junto con el «Diario», de Pavese; el «Doktor Faustus», de Mann; dos o tres novelas de Conrad y algunos viejos clásicos castellanos) en esa hipotética lista de libros que uno lle-

en *Off-side* abundaban los convencionalismos melodramáticos y escaseaba el sentido del humor. Por fin, hace apenas unos meses, ha aparecido la —hasta hoy— última novela de Gonzalo Torrente Ballester: *La saga/fuga de J. B.* (1).

No me ha parecido ocioso realizar este somero recorrido a través de la producción narrativa de Torrente Ballester, pues precisamente es el suyo un caso de «novelista en perpetua evolución». Generalmente, los novelistas que comenzaron a escribir en la década de los años cuarenta han permanecido fieles —quizá la «Parábola del naufrago», de Miguel Delibes, constituya la única excepción— a unas muy concretas fórmulas expresivas; en la gran mayoría de los casos, «evolución» equivale a «asiduidad». En el caso de Torrente Ballester, «evolución» equivale a «progreso», a «busca» incesante. Una de las características más sorprendentes de *La saga/fuga de J. B.* es

efímera «cronología del gusto», entre las obras de autores como Benet, García Márquez o Leyva —por citar tres nombres estilísticamente dispares—, los cuales han accedido a nuestro panorama novelístico desde su puestos muy distintos a los que informaron a las producciones narrativas de la posguerra.

La saga/fuga de J. B. es una obra que posee, en dosis equiparables, imaginación e ironía; cualidades ambas que, como queda dicho líneas arriba, ya se vislumbraban en el *Don Juan*. La historia de una ciudad apócrifa, Castroforte del Baralla —capital ultrajada de una quimérica quinta provincia gallega—, y del mediuónico e indeciso José Bastida, sirve de base a Gonzalo Torrente Ballester para ejecutar un extenso, ameno e insólito ejercicio de inteligencia creadora. Lo irrisorio y lo entrañable, lo fantástico y lo cotidiano, lo satírico y lo poético se han fundido en una difícil e ineficaz fórmula constructiva, en la que se advierte, por encima de cualquier otro factor, la primacía de una inteligencia habituada a la especulación mental. Incluso los abundantes elementos imaginativos se hallan sometidos al poder de esa inteligencia. «La imaginación —ha afirmado hace poco Torrente Ballester— trabaja siempre sobre la experiencia, pero tenemos que considerar la experiencia como algo mucho más amplio que eso que llaman "experiencia de la vida". Para mí, todo lo que de alguna manera es vivido, forma parte de ella, lo mismo el miedo que me causa una tormenta que el placer con que escucho un concierto o con que contemplo una teoría. Nada de esto, como ha explicado Sartre, reaparece como fue, sino modificado. Eso, modificar la experiencia y convertirla en algo nuevo, es la imaginación». En tal caso, no estaría de más asegurar que *La saga/fuga de J. B.* es, a fin de cuentas, la ingeniosa modificación de una rica y múltiple experiencia. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

José-Miguel Ullán o la destrucción

PARIS.—El nuevo libro de José-Miguel Ullán, «Maniluvios», aparecido en la colección de poesía El Barido, se nos presenta como un retablo sin autor; no anónimo. Tres actos para un mismo actor: «Llave de la mano», «Prae manibus» y «A mano armada». Lazo común: la palabra sacrificada, pero siempre esperada.

—En «Maniluvios», además de la ausencia de un tono confesional en los poemas, vemos que incluso ha desaparecido la tradicional nota autobiográfica de la contraportada. ¿Es esto fruto del azar u obedece a un propósito deliberado?

—Manteniéndonos en ese aspecto externo que revela, te diré que, efectivamente, he preferido borrar las huellas tranquilizadoras de mi prehistoria. Por razones profundas y, asimismo, estratégicas. Te hablaré sólo de estas últimas. Nuestros paisanos, para camuflar su ignorancia ante la realidad de la escritura, demuestran un apetito desenfrenado por el chismorreo biográfico: única y lamentable base sobre la que se alzan sus glosas, críticas y comentarios epidérmicos. De ahí que el poeta patrio caiga casi siempre en tal trampa y prefiera irse forjando una «personalidad» en lugar de someterse al riesgo de la red-acción —en cuyas mallas puede ofrecer albergue a la experiencia, pero tal vez para desmenuzar sus límites, anular sus faltas o fijar lo ausente—. Cuando la poesía moderna parecía haberse reconocido como medio, aceptando orgullosamente su singular impotencia tras muchos siglos de vertiginoso e insensato optimismo, he ahí que la mayor parte de los jóvenes escritores, no sin caer en un gran torbellino de falsas contradicciones, aspiran hoy a que su obra sea un fin, sumamente impuro por lo demás, ya que esa aspiración sólo pueden alimentar-la a costa de construirse un espectro social. Con la careta de lo maldito o de lo



Torrente Ballester.

varía consigo a una isla desierta. Transcurrieron varios años de silencio. Y en 1969 Torrente Ballester dio a conocer su *Off-side*, voluminoso mamotreto que, a mi entender, suponía un retroceso en la evolución creadora de este inclasificable escritor:

posiblemente su «modernidad»; es decir: podría ser incluida, sin que ello supusiera el más mínimo atentado contra una específica y

(1) Gonzalo Torrente Ballester, «La saga/fuga de J. B.», Ediciones Destino, Ancora y Delphin, Barcelona, 1972.